

“LA NACIÓN” Y LA TRADICIÓN SOCIOLÓGICA EN QUEBEC (1890-1980)

ROBERT LEROUX

La cuestión de “la nación” ha ocupado un lugar central en la historia del pensamiento sociológico, así como de las Ciencias Sociales y Humanas en Quebec desde sus inicios. Éste ha sido un tema muy amplio y extenso, por lo que se hace necesario entender en las publicaciones, cuáles son los elementos esenciales que las componen, nosotros no solo podemos entender la gran cantidad de problemas sociales, económicos y políticos que caracterizan la evolución del Quebec contemporáneo, sino que también podemos delinear las características fundamentales del cuerpo de trabajos sociológicos, que por cierto son extremadamente heterogéneos.

Esta heterogeneidad deriva de la enorme preocupación de un gran número de sociólogos e intelectuales en la cuestión nacional de Quebec, por más de un siglo y medio. Algunos concluyen que el futuro del Quebec estará en la federación canadiense; en contraste, otros creen que ese futuro se encontrará en la independencia política. Mi propósito no es regresar a este debate, ni a las publicaciones y preguntas que surgen a partir de él. El foco de atención aquí, estará puesto en examinar qué pueden tener en común los sociólogos y, en algunos casos, los especialistas de otras ciencias sociales. ¿Qué es lo que comparten estos sociólogos y científicos sociales de Quebec, quienes viven en diferentes áreas o en diferentes regiones, quienes comparten miradas, preocupaciones y temas sobre la posible constitución y unidad de la tradición sociológica en Quebec?

El abordaje utilizado aquí, está inspirado por *The sociological tradition* de Robert Nisbet. En este libro, hasta donde lo conocemos, él se centra en algunos temas que le permiten hablar de la unidad de la disciplina. Aquí serán elucidados los temas básicos en la sociología de Quebec según el listado que él propone. Cinco temas principales pueden ser identificados en medio de otros: historia, demografía, religión, lengua y educación. En primer lugar, la historia es un elemento

fundamental en la sociología de Quebec (como lo es en la sociología del Canadá francés más generalmente): esto incluye una memoria colectiva, una tradición y una visión sobre el futuro, especialmente entre los intelectuales más cercanos. Concerniente con la relativa minoría del Canadá francés en Norte América, trasciende lo demográfico y posee una fuerte dimensión ideológica, esto se refleja en lo que más tarde llamaremos la revancha de los jóvenes, o en la idea del incremento de la fertilidad para el propósito de expandir el poder social y político; especialmente con pioneros como Edmond De Nevers y Édouard Montpetit, quienes le dan considerable atención a los caminos que este crecimiento demográfico puede promover, así como prevenir erosiones sociales que esto pueda causar. La religión, incluida la moral y la dimensión sagrada, el clero y la Iglesia, y en cierto sentido, la idea de comunidad. Como tema, el idioma tiene el sentido de ser el vehículo por el que la cultura se expresa.

Finalmente, la educación es un elemento que incluye un buen número de fenómenos: para los primeros sociólogos canadienses franceses la educación debe transmitir un conocimiento técnico e industrial, mientras que para los sociólogos contemporáneos de Quebec, el tema principal de la educación es la escuela y la enseñanza, y la definición de los valores que deben ser transmitidos en el proceso educativo. Estos temas, como hemos visto, hacen eco de la problemática del incierto destino nacional de Quebec y del destino de la lengua francesa y la gente que la habla en Norteamérica.

La cuestión nacional ha estado en el corazón de la tradición sociológica de Quebec. ¿Cómo definir esta tradición? El problema inmediato es que los intelectuales de Quebec que escribían a comienzos del siglo XX no son fácilmente clasificables en categorías, ya que pertenecen a ramas de la disciplina académica que no conocemos actualmente. La tradición sociológica de Quebec refleja no solo la contribución de sociólogos, sino que también de historiadores, economistas, comentaristas sociales y otros. El trabajo de De Nevers, Bouchette y Montpetit, claramente refleja la influencia de diversas áreas del conocimiento –historia, economía política, filosofía, literatura, etc.; sus ideas fueron constantemente modeladas e influenciadas por la gran diversidad y complejidad de problemas sociales en su tiempo. La sociología de Quebec, como fue el caso de la sociología en general, ha estado siempre nutrida por la relación con las ciencias sociales. Esta visión multidisciplinaria continúa caracterizando el trabajo de la sociología de Quebec contemporáneo, a pesar de la presión ejercida por el sistema universitario. Los más reconocidos sociólogos de la segunda mitad del siglo XX, como Jean-Charles Falardeau, Marcel Rioux y Fernand Dumont, no conciben el quehacer sociológico sin el diálogo con las disciplinas vecinas.

El problema de presentar una detallada historia del pensamiento de la tradición sociológica de Quebec, o de cada uno de los autores cuyo trabajo es mencionado o discutido en este trabajo, es la diversidad de influencias intelectuales en escena. Sin embargo, es necesario para situar este análisis, elaborar un mapa de las principales tendencias en la evolución de las corrientes del pensamiento de la sociología de Quebec en su intento para asir empíricamente la realidad. Uno puede ver esa sociología en términos de una respuesta a algunos cambios y eventos que han marcado a la sociedad en varios momentos de su historia. Las numerosas ansiedades en la observación del futuro de la sociedad de Quebec están claramente interrelacionadas con el desarrollo de esta sociología, y constituyen uno de los principales elementos. De hecho, esto ha sido subrayado cuando se afirma que “el hilo histórico de la unificación en el Canadá francés es el espíritu conocido como nacionalismo” (Wade, 1968, I; XIII); estas son algunas aplicaciones de la historia a esta sociología.

1. Los orígenes y desarrollo del pensamiento sociológico en Quebec

En el nivel institucional, el desarrollo de las ciencias sociales en Quebec se dio en la década previa a la Segunda Guerra Mundial, pero la historia de sus intelectuales se remonta hasta la primera mitad del siglo XIX. Esto fue antes del fracaso de la rebelión de 1837-1838, con las primeras reflexiones sistemáticas sobre el futuro de la aparición de la cultura del Canadá francés. El reporte Durham de 1841, representa una imagen dibujada por los habitantes del Canadá bajo, lo que reforzaba la sensación de urgencia para los canadienses franceses de definirse a sí mismos, de afirmar su especificidad y elaborar una memoria histórica, como lo expuso Fernand Dumont.

Francois-Xavier Garneau, quien es considerado el primero en hacer una historia nacional de Quebec, se convirtió en un serio articulador de esta memoria colectiva. Elaboró estos parámetros, describió la nación canadiense francesa con toda la emoción y el lirismo de los historiadores románticos franceses de la primera mitad del siglo XIX. Garneau, quien fue fuertemente influenciado por Augustin Thierry, es de la opinión de que la historia de Canadá es explicada de mejor manera por la incesante lucha entre las “razas” inglesas y francesas. Su objetivo era contrarrestar el espíritu derrotista de los hablantes de la lengua francesa, recordándole a los “canadienses” que ellos tenían un pasado glorioso (ver Falardeau, 1964: 15). En este periodo, los clérigos tuvieron gran influencia y se volvieron cada vez más importantes. En el nivel ideológico, los clérigos manifestaron una fuerte resistencia hacia la modernidad y la industrialización, privilegiando una vida rural y orientada hacia el pasado. De hecho, la Iglesia jugó un importante papel en el proceso de definición de la nación canadiense francesa, y jugó un activo rol en la construcción de su identidad (Gagnon, 1978).

De acuerdo con Linteau, Durocher y Robert, “el programa clerical-nacionalista fue sistemáticamente orientado hacia el pasado. Sus características principales eran una reacción contra los nuevos valores y un constante recurso de la tradición católica para los canadienses franceses (...) La familia era presentada como la unidad social fundamental; se consideraba que sus miembros tenían un sentido de solidaridad y responsabilidad hacia los demás. (...) El segundo elemento clave en la ideología de conservación era la religión. No se consideraba que estuviera limitando los contenidos de los cultos, pero si eran incluidos una serie de valores que la Iglesia había transmitido por siglos y que infundían todos los aspectos de la vida cristiana (...) El tercer elemento clave en el modelo social propuesto por la ideología del nacionalismo clerical, después de la familia y la religión, fue la agricultura y la vida rural” (Linteau, Durocher, Robert, 1983: 533-534).

En este contexto, es perfectamente entendible la reflexión de los primeros intelectuales de Quebec al centrarse primeramente en la religión, la agricultura y la familia. A lo largo de la primera mitad del siglo XX, Lionel Groulx constituye el ejemplo predominante de este modelo de pensamiento. Éste es el fundamento ideológico de la sociología y de otras ciencias sociales desarrolladas en Quebec, y en el resto del Canadá francés.

2. Historia

El énfasis en el pasado es, sin duda, una de las más fundamentales características de la sociología de Quebec. Este es la concepción histórica de Lionel Groulx, quien lo veía como “la mejor fuente de unidad y de conservación nacional” (Groulx: 1924, 1: 263); este ensayo fue hecho con la idea de entender el presente, y en algunos casos, el futuro de la sociedad de Quebec, pero especialmente, la naturaleza y estructura de su identidad. En el trabajo de Edmond De Nevers, como en el de muchos pensadores del periodo último del siglo XIX, se hace difícil distinguir a los historiadores de los sociólogos, o de los comentaristas sociales; de hecho, algunos elementos son presentados simultáneamente: romanticismo con ciencia, la visión del pasado con profecías, patriotismo con lo concerniente a objetividad. Esto no sobrepasa los propios intereses de De Nevers en el pasado, pero puede proveer algunas respuestas respecto del destino del Canadá francés. ¿En este contexto político, puede desarrollarse y florecer la sociedad del Canadá francés? Esta es una parte de un muy interesante párrafo en el que de Nevers da una inteligente respuesta a esta pregunta: “Somos personas leales. Nosotros no hacemos de nuestra lealtad un problema de sentimientos: nuestros intereses inmediatos y sobre todo los del futuro nos vinculan, y nos deben vincular durante muchos años aun, a la corona de Inglaterra. No estamos maduros ni para la independencia, ni para la anexión a los Estados Unidos. No podemos desear aun la independencia de Canadá mientras que no tengamos un espíritu suficientemente liberal y amplio del Canadá, que respete todos los derechos y

las propiedades en las siete provincias de este territorio. No podemos desear la anexión a los Estados Unidos mientras que los canadienses franceses por su desarrollo intelectual, material y moral, no conquisten el derecho ineluctable a una vida nacional distinta; será necesario que el sentimiento patriótico sea suficientemente fuerte para resistir a todas las pruebas y superar todos los obstáculos”. Más adelante añade: “En lo que respecta a la independencia de la provincia de Quebec sería ridículo plantearla: sería el establecimiento de una república a la manera de las de la América del sur, sería dejar el camino abierto a todas las ambiciones, a todas las vanidades, establecer de una manera permanente el reino de la corrupción, de la mediocridad y de la intolerancia” (De Nevers, 1986: 254).

En diferentes puntos, De Nevers visualiza que la solución es esa, pero sin mostrar sin desconocer las potenciales dificultades de instaurar un Estado federal canadiense basado en el modelo suizo. En su libro *L'avenir du peuple canadien-Français* De Nevers pregunta: ¿Es ésta la nación canadiense?, citando el famoso estudio de Renan de la nación, él responde lo siguiente: “Una nación, dice Renán, es un alma, un principio espiritual, dos elementos que en realidad constituyen una totalidad. Una está en el pasado y la otra en el presente. Una es la posesión común de una rica herencia de recuerdos, la otra es el consentimiento actual de vivir juntos, la voluntad de mantener la herencia integral que hemos recibido. El hombre no se improvisa. La nación, como el individuo, es el resultado de prolongados esfuerzos y sacrificios” (De Nevers, 1896: 251). Armado con esta definición, De Nevers concluye que la nación canadiense está aun en un estado embrionario porque él piensa que “si existe, es únicamente por un pacto general para vivir juntos, y no se logrará por la fuerza, el poder no puede ser el otro camino. Los diversos grupos etnográficos que componen el territorio no comparten ni el pasado ni objetivos comunes” (De Nevers, 1896: 252).

La posición de De Nevers es particularmente categórica: Canadá no constituye una verdadera nación porque carece de homogeneidad y de historia compartida. Desde que el Canadá francés y el Canadá inglés comparten las diferencias, y la divergente historia, uno no puede hablar de una verdadera nación en singular, pero si, un poco, de dos naciones. Más aun, De Nevers subraya que al saber que las respectivas memorias colectivas son diferentes, se tiene claro que las dos comunidades tienen que tener diferentes identidades; esta herencia es el punto central de divergencia en sus respectivos puntos de referencia. “Los canadienses ingleses son ante todo ingleses y luego canadienses. Los canadienses franceses, aunque ligados estrechamente a todo lo que tienen de sus ancestros en Francia, son ante todo canadienses, pues esa denominación les pertenece luego de trescientos años de historia en los que el escenario ha sido el territorio de Canadá. De hecho, su vida nacional en este país sería tan intensa como la de cualquier otro pueblo europeo, si no hubiera sido disminuida por la emigración continua hacia los Estados Unidos” (De Nevers, 1896: 255).

A pesar de algunas reflexiones interesantes el análisis de De Nevers se mantiene en un relativo nivel superficial. En contraste, muchos años después, Esdras Minville, teniendo en cuenta detallados estudios históricos sobre la cultura del Canadá francés, le da un nuevo matiz a esta problemática con el propósito de clarificar la distinción entre lo político y lo sociológico. Él identifica la dimensión sociológica de la sociedad del Canadá francés como la que contiene un gran número de características y cualidades compartidas: un sentido del orden, un sentido de la libertad y un sentido del progreso. “La nación es pues una entidad sociológica que debe ser distinguida de la entidad política, del país político, si se quiere llegar a encontrar una fórmula que sea conveniente a todos los grupos que, en un momento dado, estén comprendidos en un mismo Estado” (Minville, 1992: 146). En efecto, añade “los canadienses franceses constituyen (...) una comunidad de cultura distinta al interior del escenario político que llamamos Canadá. De esa forma ellos forman una nación en el sentido estricto del término”.

La sociología de Léon Gérin, frecuentemente considerado como el primer sociólogo de Quebec, difícilmente puede ser ubicada dentro de una sola perspectiva histórica. Fue precisamente el pasado histórico distante el que le interesó a Gérin, particularmente Nueva Francia y los comienzos de la colonización. En uno de sus importantes trabajos, él presenta una historia social, donde el objetivo principal es restaurar la herencia francesa en América. Gérin conduce su análisis a la conformación de las regiones y provincias en Francia y los importantes contingentes de labriegos que vinieron a Nueva Francia, y su conclusión fue que los labriegos fueron quienes se adaptaron más fácil y completamente a las condiciones de América (ver Falardeau, 1968: 18).

La dimensión histórica de la sociedad del Canadá francés es tratada de forma distinta en el trabajo de Édouard Montpetit. Él muestra la misma sensibilidad en la situación de los franceses en América y también busca en el pasado para explicar el presente, y tratar de extenderlo al futuro de esta colectividad, pero difiere en algunos temas centrales con De Nevers y Gérin. Montpetit estaba interesado en la historia de la vida política y se preocupaba por la posición y el rol de los francófonos en el sistema federal y, más extensivamente, por las publicaciones hechas sobre la modernización en Quebec (Fournier, 1986: 43-73). Los escritos de este economista y sociólogo, algunas veces, contienen fuertes observaciones moralistas y patrióticas.

También, sus discusiones sobre la sociedad canadiense francesa son ambivalentes y algunas veces contradictorias. En uno de sus primeros libros, *Les survivances françaises au Canada* (1914) señala en la introducción: “Toda la historia del Canadá francés sin Francia es la de una larga y sufrida venganza” (Montpetit, 1914; 14). De otra parte, buscó lo que parecía una justificación para el sistema federal, e, incidentalmente, para el imperialismo británico: “En el parlamento federal ellos (los

canadienses franceses) ejercieron su influencia. De 1896 a 1911 la cartera de asuntos públicos fue confiada a uno de los suyos, francés de raza y de corazón, sir Wilfrid Laurier. Todos estos nombres (...) Pierre Bédard, Joseph et Louis Papineau, Morin, sir Georges-Étienne Cartier, a quienes debemos la confederación, muestran el papel que han jugado los canadienses franceses en la política de Canadá y que partido han tomado ellos en cuanto a la elaboración de esta admirable política colonial inglesa que la metrópoli aplicaba incluso en sus posesiones sudafricanas” Y añade: “En 1775 y en 1812 los canadienses franceses combatieron a favor de Inglaterra; ellos acepta hoy la dominación inglesa. Qué se les puede reprochar, si la lealtad es uno de los aspectos mas hermosos del espíritu francés?”. (Monpetit, 1914: 39-40) Al mismo tiempo que Montpetit describía a la sociedad del Canadá francés como leal a la Corona británica, él enfatizaba en la fuerte idea, desde su punto de vista, de unirse a Francia. Declaró que “nosotros somos una provincia de Francia, la más distante, la última conocida, la más olvidada, pero una provincia de Francia sin lugar a dudas” (Montpetit, 1914: 44).

Para Montpetit, el pensamiento cultivado por la cultura francesa en los canadienses franceses podía hacer una importante contribución para la Federación canadiense. “Así los canadienses franceses, educados, ricos y poderosos servirán mejor a Inglaterra. La acción de estas dos razas será común y de esta unión nacerá una civilización más completa y más variada en sus manifestaciones” (Monpetit, 1914: 86). Aproximadamente dos décadas después, en 1937, en una presentación ante una audiencia canadiense inglesa, Montpetit preguntó “¿Estamos nosotros en el país Británico?”, a lo cual respondió: “Así los canadienses franceses, educados, ricos y poderosos servirán mejor a Inglaterra. La acción de estas dos razas será común y de esta unión nacerá una civilización mas completa y mas variada en sus manifestaciones” (Monpetit, 1914: 86). Cerca de dos décadas mas tarde, en 1937, en una intervención frente a una audiencia de canadienses ingleses Montpetit pregunta “¿somos un país Británico?” y a continuación responde: “El Canadá es un país Británico en el sentido en que es un país de diversidades. Ser un país de civilizaciones diferentes, de idiomas diferentes, de culturas y de religiones diferentes, es, como se dice hoy, estar sincronizados con el Imperio” (Monpetit, 1937: 20). De acuerdo al planteamiento de Montpetit Canadá se caracteriza no por la confrontación entre dos razas, como a menudo se manifiesta, sino por “diferencias en la manera de ser”: “el temperamento produce la civilización, enriquece sus cualidades y lo llena de una fuerza interior, de una fuerza legítima, si ella es natural. Nosotros vivimos nuestras dos civilizaciones sin darnos cuenta de ello, sin someterlo al discernimiento Los canadienses ingleses toman como algo dado su superioridad, en tanto que los canadienses franceses asumen su insuficiencia. Unos imponen su voluntad que consideran sin fallas y otros asumen su suerte como si no tuvieran otro recurso” (Monpetit, 1937: 40).

En su trabajo, *D'azure à trois lys*, Montpetit argumenta a favor de la unidad de la nación canadiense, es decir, la reconciliación entre las dos comunidades que, desde su perspectiva, estaban lejos de estar en completa oposición, pese a sus diferentes tradiciones y valores: “Nosotros esperamos una unión de la Corona en nuestra historia, para así solidificar nuestra nación” (Montpetit, 1937: 49). De acuerdo con este autor, esta unidad podría ser posible únicamente si las dos comunidades conservaban sus respectivas identidades. Él veía muy favorable el papel del Canadá francés en este proceso: “Los canadienses franceses ignorando las propuestas de los americanos, han guardado su país para la Corona británica; y ellos han contribuido al establecimiento y estabilización de esta fundación política” (Montpetit, 1937: 61).

2.1. Alienación y colonialismo: la perspectiva crítica de Marcel Rioux

En la perspectiva de Marcel Rioux, la historia tiene una importante función social: ella sirve para hacer consciente la situación presente y las especificidades de un momento y un contexto. El pensamiento histórico, hace posible que una colectividad visualice alternativas en términos de futuras direcciones a tomar. Rioux manifestó siempre ésta fuerte dirección en sus claros escritos: “Este retorno hacia el pasado y el deseo de mantenerse que la historia nos proporciona, a pesar de ser indispensable, a menudo nos vuelven parroquiales. No logramos avanzar de manera adecuada y creamos muy poco. Para que una cultura progrese es necesario abrir las puertas y las ventanas. Ahora somos suficientemente fuertes para abrirnos a las sanas y fortificantes influencias que nos vienen de Francia y de otras partes del extranjero” (Rioux, 1945: 37).

En sus trabajos posteriores demuestra más ampliamente este planteamiento, Quebec no era materia de conceptualización en si misma, era necesario tomar en cuenta a la confederación canadiense, pero, al mismo tiempo, es una nación y una sociedad distinta e independiente. La influencia de la sociología crítica alemana es enorme, aparentemente, en los análisis de Rioux. Su posición era la de que la independencia política era asequible, Quebec sería el resultante de una sociedad alienada y esa alienación podría hacerse manifiesta en la esfera de la cultura en particular. “Los canadienses franceses, quines han estado adquiriendo el habito de la resistencia desde 1760, cuando Nueva Francia se rindió a Inglaterra, siempre han tenido la esperanza de ser libres algún día. Hoy esas esperanzas son más fuertes que nunca” (Rioux, 1971: 5). Él preguntó: “¿Por qué, en un país muy vasto, muy rico y muy avanzado en muchos puntos de vista, nosotros encontramos tanta ansiedad y frustración? ¿Por qué tantas demostraciones de violencia? ¿Por qué el terrorismo? Esencialmente porque la mayoría de los habitantes de Quebec se benefician solo marginalmente de su desarrollo industrial y comercial, y porque su cultura es constantemente amenazada por los grupos económicos y políticos

dominantes en su país. Su lengua y su cultura sufren el dolor de estar subyugados y de ser una nación colonizada. *The Quebec question*, de 1969, es la cuestión de empezar a conocer esta dominación y esta amenaza” (Rioux, 1971: 7). La visión entera de Rioux de la historia del Canadá francés esta completamente influenciada por esta idea.

En la imagen principal de los estudios históricos del nacionalismo, Rioux intenta reconstruir el origen de esta dominación. Esto comenzó después de la Conquista que él llama “la larga hibernación” de Quebec y ya lleva más de dos siglos. Quebec empezó a ser “una ‘etnia-clase’ subyugada” (Rioux, 1971: 27).

Rioux es particularmente crítico con los clérigos, mucho más que sus predecesores y muchos de sus contemporáneos: “Después de la Conquista, los clérigos canadienses franceses, agradecieron la actitud benevolente de los ingleses, ya que adquirieron una posición más sólida que la que tenían bajo las reglas francesas. Los datos de este periodo muestran la predominante influencia que la Iglesia tuvo para mantener la historia de Quebec sin problemas” (Rioux, 1971: 29). Obviamente, Rioux está en total acuerdo con la tesis de la denominada “Escuela de Montreal” de historiadores, que considera que la conquista constituye un golpe traumático para el desarrollo de la sociedad del Canadá francés (Lamarre, 1993). En sus referencias siempre esta presente el trabajo de Michel Brunet, y también puede uno ver la influencia de la tesis del “repliegue agrícola” de Maurice Séguin. A pesar de que la conquista fue también un evento traumático y dramático para los “canadienses”, esto contribuyó a la formación de una identidad y estructura de sentimientos distinta. “Después de la Conquista Quebec comenzó a ser más aislada y homogénea de lo que antes lo había sido. Los ingleses estaban presentes en gran número, esto hizo que los franco-parlantes los consideraran como un grupo distinto (...) Los quebequenses se aislaron y se encerraron más dentro de sus comunidades rurales. Alejados del comercio y la administración no tenían nada distinto que hacer, excepto cultivar la soya” (Rioux, 1971: 33-34).

La organización de la sociedad del Canadá francés empezó a ser como la de un pueblo bajo la tutela de los clérigos. Ese singular régimen reforzó el aislamiento y la homogeneidad de la vida social en el Canadá francés. Fue con la huelga de los Asbestos en 1949 que Quebec, según Rioux, comenzó a salir de esta larga hibernación. Él ve en este evento, una clara muestra en contra del imperialismo económico. “Desde la perspectiva actual, la huelga de los Asbestos de 1949 es uno de los eventos decisivos que hace posible el tiempo de primavera que vive Quebec (...) La huelga de los Asbestos tiene todas las características principales del drama de Quebec: capital extranjero, unión entre el gobierno de Quebec y el extranjero; la Iglesia en su particular rol de dócil compañero del poder económico y político en esta explotación de los trabajadores. En 1949, la Iglesia y los intelectuales tenían por los dos lados a los trabajadores” (Rioux, 1971: 67-68).

El último capítulo de *Quebec in question*, pese a que se refiere a un periodo muy corto, presenta los dos posibles futuros caminos de la sociedad de Quebec: independencia y federalismo. La crítica de Rioux al sistema federal es particularmente severa. Junto al trabajo de André d'Allemagne, arguye que la vida política en Quebec esta impregnada de un "simbolismo colonial". Así en el caso de los políticos federales, Rioux ve, que son los ricos financieros o representantes de esta categoría social, quienes representan este papel. "Para ellos, Quebec es una clase de subprefectura cuyos últimos impulsos de libertad e independencia están controlados (...) Por largo tiempo, los gobernadores coloniales han alimentado partidos políticos moldeados en los partidos de la metrópoli; estos partidos han acogido tanto a gobernantes como a gobernados en su rango, alentándolos a enterrar tareas en común. Este es un caso extremo de lo que significa darles a los esclavos la idea de que controlan el rumbo de su país. (Rioux, 1971: 86-87).

La sociedad de Quebec no se ha desarrollado normalmente porque tiene de facto un estatus de colonia. Este estatus colonial, según Rioux, no es solamente de naturaleza política, sino que también es cultural y económico.

En términos culturales, esto se ve reflejado en el empobrecimiento del idioma francés en Quebec, como medio de comunicación. Para el colonialismo económico, tanto el Canadá inglés como el francés manifiesta este rasgo: "Canadá está económicamente dominada por los Estados Unidos. Quebec, como sea, no está dominada únicamente por los Estados Unidos, sino que también por la parte inglesa del Canadá. Las empresas del Canadá inglés no sobreviven sin la ayuda de las empresas estadounidenses, y las empresas del Canadá francés sin la ayuda de los ayudados" (Rioux, 1971: 91). Este colonialismo es visible en varios elementos de la vida social de la sociedad de Quebec, razón por la cual se hace entonces necesario, según Rioux, la independencia de Quebec (ver Crean y Rioux, 1983). Él hace frecuentemente mención de la fragilidad del destino de los franceses en América, y concluye que no hay destino para los francófonos fuera de Quebec: "Esto no es una clase de nacionalismo, o racismo, o prejuicio en contra de nadie; simplemente es cuestión de vida o muerte para una nación de más de seis millones de personas. El destino de los francoparlantes de Canadá va a ser decidido en Quebec. En Newfoundland, Columbia Británica, la cultura del Canadá francés esta muriendo y en Ottawa también. El centenario de la Confederación ha comprobado esto. (Rioux, 1971: 114).

Rioux percibe que la asimilación es la constante amenaza para el pensamiento entero de la historia del Canadá francés. Al respecto afirma: "Ciento treinta años después del Reporte Durham, el veredicto es el mismo: asimilación de los canadienses franceses. Todos los esfuerzos realizados en estos años no demuestran un resultado estable para los quebequenses" (Rioux, 1971: 120). Este autor realza este aspecto en la

siguientes temas: “¿Nos hemos preguntado suficientemente qué es Canadá? Cuando todos por fin lo estén haciendo y se estén cuestionando, esta colección de provincias ya será un grupo de los territorios norteamericanos, cuyo idioma, historia y costumbres tendrán mucho en común con otras partes del continente. Estas provincias se asemejarán a otras tantas que conforman el Estado americano, solo que ésta queda en el límite externo. Ellos estarán amarrados aun a una vaga nostalgia por la corona Británica; su gobierno mantiene los ferrocarriles y las vías aéreas para promover el comercio entre ellos; y las cadenas de radio y televisión difundirán programas americanos, entretenimiento patrocinado por canadienses subsidiarios de las compañías americanas. ¿Qué tendrán todas estas provincias en común? ¡El problema francés!” (1971: 22).

El texto crucial de Rioux, en el que realza la identidad de Quebec, y la finalidad de su obra, es *Les Québécois* (1974). Presenta el tema central de la publicación en las primeras páginas: “¿De qué estamos hablando? El título de este libro señala que se trata de los quebequenses, pero ¿estamos seguros?. ¿No se trata más bien de los canadienses franceses o de los canadienses, o de los franceses del Quebec? (...) Para el pueblo que constituye el tema de este libro, plantearse el problema de su identidad es ir directo al grano, aun si esta angustia es la suerte de los pueblos dominados y colonizados, los grupos étnicos minoritarios divididos en múltiples fidelidades, no es menos cierto que cada grupo vive esa circunstancia de una manera que le es propia” (Rioux, 1974: 5).

2.2 Fernand Dumont y la investigación de la memoria colectiva y la identidad

En los trabajos de Fernand Dumont la cuestión de la identidad quebequense es un corolario del tema de la memoria colectiva. Pero al hablar de memoria colectiva también se está hablando de uno mismo y de cómo uno se sitúa en ese extenso ámbito. En su *Genèse de la société Québécoise*, su propia memoria y la memoria colectiva están yuxtapuestas y complementadas la una con la otra: “Al comienzo de este libro quise retomar la actualidad, la juventud es una pregunta que corre el riesgo de perderse muy rápido en la teoría. La juventud no la entenderemos solamente como el momento de la toma de conciencia de la historia por el adolescente, sino como el cuestionamiento producto de la reflexión, de las concepciones tradicionales que tenemos de la vida colectiva. El paso de la infancia a la adolescencia, esa transición de la patria al país, no está muy lejana, en el curso de la historia, de la génesis de la nación. Por esas dos complejas vías se perfila el problema no menos complejo de la conciencia histórica” (Dumont, 1993: 12). Por consiguiente, una forma de representación colectiva, por excelencia, la memoria colectiva, no sirve solamente para preservar importantes eventos de nuestro tiempo,

sino para crear solidaridad social en quienes combinan estas memorias. Recordar, en este sentido, es despertar las influencias sociales ocultas, para hacerlas consientes en el momento inmediato.

Memoria es algo distinto de la historia. Memoria es una construcción social, es un intento de conocerse a si mismo para observar los eventos pasados. Memoria, por consiguiente, es una herramienta fundamental para comprender el presente, y en algunos casos, también el futuro. En *Raisons communes*, Dumont señala: “Una persona tiene un futuro en la medida en que se hace proyectos; pero esto será imposible si no posee una identidad, si no tiene la aptitud para atribuirle sentido a su pasado. Esto no es muy diferente en el caso de las culturas. Éstas no sabrían afrontar los avatares de la historia sin tener una conciencia histórica. Cuando en su célebre reporte Durham pretende que nosotros éramos un ‘pueblo sin historia’, no pretendía decir que no tuviéramos un pasado; constataba simplemente que ese pasado no había estado a la altura de una conciencia histórica en la que un conjunto de individuos hubieran podido reconocer las líneas de un destino común, las señales de una continuidad colectiva (Dumont, 1995^a: 103).

Siguiendo el reporte de Lord Durham, Dumont recalca que el ámbito de la autentica memoria colectiva emerge del trabajo conjunto de historiadores, figuras literarias y de debates políticos del momento. Esta es la coyuntura histórica en la cual él localizo la emergencia de configurar una identidad quebequense. Varios puntos sobresalen en su trabajo; especialmente en un ensayo reciente, Dumont (1995b) enfatiza que la memoria colectiva tiene una función social fundamental: ella no solo sirve para atar diferentes generaciones a una específica identidad societal. “Cuando las identidades colectivas son débiles, podríamos preguntarnos nosotros ¿Por qué era más fuerte anteriormente? Y regresar a la génesis si uno quiere alcanzar un nuevo conocimiento (social) de si mismo. (Dumont, 1993: 13-14). La esencia de estas ideas aparece más claramente en la obra de Dumont: “Solo se nos permite buscar en un camino para encontrar lo que estamos buscando, y esto es imaginar un cuadro en el que, con certeza, se tenga un recuerdo claro de la continuidad de las experiencias de vida. Así, un acercamiento podría ser dar sentido a las participaciones colectivas para buscar metas para el futuro, metas que aun no son tantas como para figurar en las propagandas. Nosotros somos una parte de nuestro pasado. La historia de nuestros ancestros esta creciendo solidamente cuando nos cuestionamos acerca de quiénes somos (...) Sin este vigoroso conocimiento de nuestra procedencia, nuestro compromiso puede solamente apuntar a que ciertas personas busquen sus oportunidades. El compromiso esta vacante y disponible, como la libertad sin contenidos, como esperar todos los días por el periódico diario antes de decidir qué es lo que nos indigna. (Dumont, 1974^a: 28).

3. Presencia demográfica

Unos pocos sociólogos de Quebec, siguiendo los pasos de los historiadores, han estimado una población de cerca de 65.000 personas en tiempos de la Conquista, luego de la cual la población de franco-parlantes creció, gracias al aumento constante de la fertilidad a lo largo de la historia. Un observador francés, Andre Siegfried, encontró que a comienzos del siglo XX: “Nuestros hermanos en América confían en un crecimiento sin límites en el futuro: su número de personas, piensan ellos, algún día les dará el poder” (Siegfried 1906: 290). Es necesario releer el trabajo de los primeros sociólogos para entender cuál es el punto central de la cuestión de la presencia demográfica en el pensamiento de los canadienses franceses, respecto de su futuro en Norteamérica. Desde finales del siglo XIX hasta la mitad del siglo XX, los científicos sociales quebequeses visualizaron un factor central para la sobre vivencia de su sociedad. “Nosotros hemos sobrevivido por nuestro número de habitantes”, escribió Montpetit (1938: 241). Un poco después de la Segunda Guerra Mundial, el historiador Maurice Séguin fue aun más lejos en este diagnóstico: “No obstante, escribió en 1946, la solución que se busca para el problema económico de los canadienses no ha sido mas que aplazada, pues los británicos norteamericanos no conservarán por siempre su superioridad numérica y la frontera con los Estados Unidos se ha estabilizado. Un día u otro se presentará la ocasión para la nación canadiense de reanudar, sin peligro, la tradición de antes del 37 y eliminar de su economía la tutela paralizante del colonizador” (Séguin, 1946: 326).

El optimismo que demostraban Siegfried y Séguin, estaba lejos de hacerse realidad hacia la primera mitad del siglo XX. De hecho, un importante grupo de canadienses franceses emigraron hacia el industrializado Estados Unidos, lo que llegó a su punto más alto en el periodo de cambio de siglo, engendrando un miedo sobre las posibilidades de supervivencia de la sociedad. Posiblemente, más que otros trabajos del momento, *L'avenir du peuple canadien-français* de Edmond De Nevers, refleja este punto: “La mayor parte de quienes partieron hace más de treinta años no volverán a la provincia de Quebec. Cuando pensemos en el futuro será necesario que la raza canadiense-francesa esta desde ahora y para siempre dividida en dos naciones y ha jurado lealtad a dos banderas diferentes y que fronteras políticas nos dividen en dos pueblos” (De Nevers, 1896: 115).

Confrontando este éxodo masivo, de Nevers, con resuelto patriotismo, pregunta: “¿Por qué un número tan grande de compatriotas, le rehuyen al noble oficio de “jornalero agrícola” y comprometen su salud y su obtusa inteligencia en la opresiva atmósfera de las fabricas de Nueva Inglaterra?” (De Nevers, 1896: 221). La emigración a Estados Unidos alcanzó proporciones tan altas que el elevado nivel de nacimientos en el Canadá francés no fue lo suficientemente fuerte como para tapan las pérdidas demográficas. De Nevers lamenta esto: “Hasta el presente hemos fomentado tanto

como nos ha sido posible los matrimonios jóvenes y, en consecuencia, las familias numerosas con el patriótico objetivo de aumentar nuestra fuerza nacional. El resultado ha sido muy diferente del que esperábamos, pues nuestra población no aumenta en la provincia de Quebec y la hipoteca devora a nuestros patriotas” (De Nevers, 1896: 223).

Pero no fue solamente la migración lo que preocupó a los primeros sociólogos de Quebec, sino que también la elevada tasa de mortalidad infantil fue uno de los tópicos principales de estudio a comienzos del siglo XX. Siegfried anota: “La primera causa que impide que la natalidad en el Canadá francés aumente es la considerable mortalidad infantil. En la provincia de Quebec los niños de poca edad mueren en gran número y las familias (...) registran, impotentes, una notable disminución” (Siegfried, 1906: 300).

Édouard Montpetit refleja, con mucha perspicacia, en dos de sus ensayos que figuran en esta publicación, ensayos relativamente desconocidos pero que son de gran importancia; el primero *Le Capital humain*, fue escrito en 1916, y el otro, *La veillée des berceaux*, en 1918. En el primer ensayo, la doctrina liberal de Montpetit es claramente afirmada: “El ser humano tiene para nosotros un valor capital. Preservarlo por medios que todos aceptemos, significa crecer, dar a nuestro grupo étnico una especie de radioactividad vigorosa de un organismo completo y vigoroso. Pongamos esa resolución en la base de nuestra doctrina nacional” (Montpetit, 1938: 241). En *La veillée des berceaux*, Montpetit expresa una gran consternación por la elevada tasa de mortandad que presentan los canadienses franceses, y con la elevada tasa de mortandad infantil en particular –“Menos féretros, más cunas, este es el desafío para el futuro” (Montpetit, 1938: 265).

Su punto es que si bien las tasas de nacimiento fueron de las más altas en el mundo occidental en la primera mitad del siglo XX, las tasas de mortandad también fueron excesivamente altas –y más altas en Quebec que en otras provincias canadienses: “Tenemos los dos premios extremos, el de la vida y el de la muerte. La tasa de mortalidad es más elevada entre nosotros que en las otras provincias: Esto puede traer graves consecuencias y llevar, en particular, a la reducción de nuestra tasa de crecimiento(...) Aun peor, agrega Montpetit, la mortalidad infantil ataca sobre todo a los canadienses franceses, aunque a veces se crea lo contrario. Esto es un gran error!! En las grandes ciudades, sin duda, los anglocanadienses y los extranjeros significan una porción importante de estas cifras, pero las estadísticas muestran que nuestro aporte es el más importante(...) En las zonas rurales la mortalidad infantil es casi toda francocanadiense(...) Claro está que esto tiene una explicación, puesto que la población de canadienses franceses es la más considerable y la de mayor fecundidad, pero la realidad es contundente y ocultarla sería criminal, pues nosotros estamos amenazados en cuanto a la cantidad de nuestra población”. A continuación concluye: “a pesar de una baja natalidad las ciudades inglesas progresan

de manera considerable gracias a una baja tasa de mortalidad. Quebec con su altísima tasa de natalidad de 33.5 por mil, sólo crece a razón de 12.9 a causa de un coeficiente de mortalidad muy alto, en tanto que las ciudades de Winnipeg, Edmonton, Calgary, Vancouver y Toronto van adelante, a pesar de que todas esas ciudades tienen una natalidad menor pero logran una mejor tasa de crecimiento que en algunos casos como el de Calgary es el doble que el de la ciudad de Quebec. Sólo Montreal tiene más nacimientos que la ciudad de Quebec, pero está en el cuarto lugar de las ciudades canadienses según su población, por su coeficiente de mortalidad. Esto es un retroceso inútil y atenta contra una de nuestras ilusiones: la conquista por el mayor número de habitantes” (Montpetit, 1938: 271-272).

Montpetit mostró gran lucidez y una evidente vivacidad científica en la forma cómo trató el problema de la mortandad infantil entre los francófonos, en su mira estaba la amenaza que esto significaba para la supervivencia de la sociedad del Canadá francés. Él vio distintas soluciones, entre ellas, un mejoramiento de la economía bien hecho. Pero su mayor énfasis estaba en el mejoramiento de la higiene pública: “Es pues a la alimentación del niño que es necesario estar atentos; en primer término a la leche, aunque no haya lugar, lo repito, de atribuirle todas nuestras desgracias. No obstante es necesario estar atento al tratamiento de la leche en todas partes.”(Montpetit, 1938: 279).

Esta es una solución especialmente importante para Montpetit porque “salva al 91% de la población”. La vitalidad de la “raza” o de la sociedad, desde su punto de vista, depende en gran medida de la madre, aunque una mejor educación pública debe disminuir las tasas de mortalidad infantil: “El exceso de nuestra mortalidad infantil proviene sobre todo de la ignorancia: La propagación de una doctrina sanitaria abolirá este mal. Es necesario que cada uno de nosotros lo sepa. Gracias a esto desaparecerán las negligencias, culpables o no, la resignación beata, gracias a lo cual obtendremos una alimentación racional, cuidados inteligentes y una rigurosa higiene (...) La higiene es una promesa de supervivencia. (Ibid: 284). La lactancia infantil, parecía ser una de las soluciones para Montpetit, porque “así se salvan el 91% de los niños” (Montpetit, 1938, 281). La vitalidad de la “raza” de la sociedad, desde su punto de vista, dependía considerablemente de la madre. Más aun, una mejor educación podría disminuir las tasas de mortandad infantil, ya que: como consecuencia de este planteamiento Montpetit intenta una explicación: “Si se busca la razón de nuestro extraordinario descuido, la explicación de nuestra falta de energía y de nuestra placidez frente al peligro de la muerte, encontramos lo que Emile Faguet llama el horror de la responsabilidad, o, si se prefiere este eufemismo, la falta de sentido social. La lección que nos aportan los hechos deja indiferentes a quienes le interesa el porvenir, que son la mayoría. El mal es más profundo, la dificultad para superarlo es más grave de lo que se pensaba; no se trata tanto de recomponer las fuerzas como de convencer los espíritus. Una vez más

se trata de educación. El individuo, la familia, la nación, deben someterse a estas ‘ideas fuerzas’” (Ibid.: 287-288).

Montpetit alude a la importancia de la calidad del capital humano, tanto como a la cantidad de éste: “La cantidad no es mas que un medio; el ser humano no ha podido hacer nada sólo y a la necesidad de multiplicarse se une la de actuar con un sentido de colectividad; al capital humano se debe unir el capital-inteligencia y, si se permite la expresión, el capital-voluntad” (Ibid.: 258) ¿Cuál es el propósito, se pregunta Montpetit, de una alta tasa de nacimientos si no podemos asegurar la supervivencia de los niños en unas aceptables condiciones sociales y económicas?

4. Religión

A lo largo de un extenso periodo de su historia, los francófonos han estado profundamente identificados con la religión Católica. En 1928, un autor francés, estaba muy impresionado por la fortaleza de esta idea: “Se podría exagerar acerca de la importancia y la intensidad de los sentimientos religiosos de los canadienses franceses. Tal vez en la actualidad no hay un pueblo en el que la fe sea más ferviente. Para encontrar un equivalente es necesario remontarse a la Edad Media, o considerar a los Bretones de hace un siglo. En la mentalidad de los canadienses franceses la fe es un elemento capital que no ha cesado de ejercer una fuerte influencia sobre los sentimientos de esta raza, a tal punto que podría ser la explicación principal de su comportamiento”. (Vattier, 1928: 171). Otro observador extranjero, el geógrafo Raoul Blanchard, llega a una conclusión similar tres décadas más tarde: “El rasgo más evidente del canadiense de hoy es la influencia de la iglesia católica sobre toda la sociedad. Esto es evidente para el viajero que llega a este lugar sin que sea necesario preguntarle a nadie.” (Blanchard, 1960: 295).

Los sociólogos de Quebec y los intelectuales tienen, por supuesto, especial atención por el estudio del rol que ha jugado la religión en su sociedad. Edmond De Nevers, entre otros autores, visualizó el destino de los franceses en América como un enlace casi sobrenatural que expresará a la colectividad: “La providencia, no lo olvidemos, nos ha trazado una misión privilegiada. Perdidos entre múltiples poblaciones extranjeras, no podemos mantener nuestra particular existencia mas que superando el nivel medio. No podemos ser un pueblo mas que a condición de ser un gran pueblo.” (De Nevers, 1896: 17-18). Esta profunda dimensión religiosa de la sociedad del Canadá francés recibe una prominente atención en algunas monografías, entre las de ellos y las de algunos americanos. Everett C. Hughes (1943) y Horace Miner (1939) interpretan esta característica de la sociedad canadiense francesa como un elemento constitutivo de lo que ellos llaman “sociedad rural”. En el trabajo de Léon Gérin, la atención está puesta en el papel desempeñado por los

clérigos. En uno de sus estudios, *L'habitant casanier*, analiza el papel fundamental de los sacerdotes en los procesos de socialización.

Esdras Minville sostiene que la penetrante y fuerte presencia de la religión fue la característica definitiva y distintiva de la cultura del Canadá francés. En su *Rapport de la Comisión Royale d'enquête sur les problèmes constitutionnel* (1956), define cultura como: “ante todo la valoración de las facultades espirituales” (Minville, 1992: 36); de manera más específica sobre la cultura franco-canadiense añade: “Como toda cultura, esta es cualitativa, es decir, concibe su objeto, el hombre, más allá de los fines utilitaristas de la actividad cotidiana, en la búsqueda de su plena realización; concibe la obra de la humanidad como una respuesta, más allá de fines específicos, de las más altas aspiraciones del hombre (lo bueno, lo verdadero, lo hermoso). 2) Como cultura cristiana esta es (a) espiritualista, es decir, que otorga la prioridad a los valores espirituales y concibe los valores humanos de manera jerarquizada y ordenada según la naturaleza natural y sobrenatural del hombre(...) (b) personalista, es decir, considera al hombre dotado de inteligencia y voluntad libre, llamado a una vocación personal del que él es artífice y único responsable ante la eternidad y que, por esa razón, posee derechos contra los que ningún poder humano debe prevalecer(...) 3) Es comunitaria como toda cultura cristiana católica, es decir, que concibe la sociedad no solo como una multitud regida por las obligaciones de orden público, sino como una unidad orgánica orientada por el bien común, para lograr el desarrollo de la persona (Ibid: 67). Y más específicamente, hablando de la cultura del Canadá francés, escribe: “Como todos los católicos, establecen una distinción entre lo natural y lo sobrenatural, cada uno de éstos con su propio objeto y sus exigencias propias(...) La vida terrenal, personal o colectiva, pública o privada, debe ser organizada según las reglas del derecho natural, es decir, según las leyes del cumplimiento de los deberes del hombre, orientadas por la fe religiosa(...) El sentido de la libertad que para todo católico se define en relación al orden de la vida(...) Los Canadienses franceses como católicos la conciben no solo como un simple equilibrio de la libertad particular, sino como la facultad de escoger la mejor opción entre varios medios lícitos para llegar a un fin legítimo y realizar su vocación de hombres(...) 3. El sentido del progreso (...) Como todos los católicos la conciben en primer término como un perfeccionamiento de la persona humana, según el orden jerárquico de los valores de los que todo ser humano es la síntesis. No existe un real progreso mas que si el funcionamiento de la vida en común, social o política, se traduce definitivamente por una mejoría del hombre en sí mismo, esto es, una elevación de su nivel intelectual y moral” (Ibid.: 70).

A mediados del siglo XX, el poder y la influencia de las instituciones religiosas comienza a declinar, y la religión, para muchos quebequenses, comienza a ser asociada más con el pasado que con el futuro de la sociedad de Quebec. La religión evocaba,

cada vez más, la imagen de una sociedad cerrada en si misma y cuya vida social estaba organizada alrededor del clero. Al respecto Rioux arguye que: “Se puede preguntar si los habitantes del Quebec no han convertido a la religión católica en lo que podría llamarse la religión quebequense, o si la religión no ha formado lo que podría llamarse el pueblo católico. Parece que se podría sustentar una u otra opción, e incluso las dos al mismo tiempo.(Rioux, 1974: 35). Rioux considera que este proceso obedece a lo que denomina la “naturalización” de la religión, iniciado durante la dominación francesa, aunque acentuado bajo el régimen inglés. Jean-Charles Falardeau enfatiza la manera como la historia del Canadá francés está íntimamente asociada con la religión católica: “La sociedad franco-canadiense ha estado desde sus orígenes subordinada completamente por los sacerdotes y las jerarquías eclesiásticas , a tal punto que su historia se confunde con la historia de la iglesia canadiense” (Falardeau, 1952: 349).

Falardeau precisa que los sacerdotes en el Canadá francés, a diferencia de lo que ocurría en varios países europeos, no recluta sus miembros de una sola clase social y mucho menos de una clase social dominante. En consecuencia: “raras son las familias franco-canadienses que no cuentan entre sus miembros un pariente sacerdote o en alguna orden religiosa; raros son los antiguos estudiantes de colegios o seminarios que no tienen algunos discípulos, a quienes frecuentan, que no estén comprometidos en la vida religiosa. De esta manera los sacerdotes no están ni por encima, ni más allá de la sociedad, sino al interior de ella. No solo no existe la diferencia entre un alto y un bajo clero, sino que la clerecía está en su totalidad articulada a la sociedad” (Rioux, 1974: 35). Rioux arguye que este proceso, al que él se refiere como la “naturalización” de la religión, comenzó bajo el régimen de Francia, pero fue más pronunciado bajo las reglas inglesas.

Jean-Charles Falardeau enfatiza el momento de la historia en la que el Canadá francés se fusiona casi totalmente con la religión católica: “La sociedad franco-canadiense ha estado desde sus orígenes subordinada completamente por los sacerdotes y las jerarquías eclesiásticas , a tal punto que su historia se confunde con la historia de la iglesia canadiense” (Falardeau, 1952: 349). Falardeau precisa que los sacerdotes en el Canadá francés, a diferencia de lo que ocurría en varios países europeos, no recluta sus miembros de una sola clase social y mucho menos de una clase social dominante. En consecuencia: “raras son las familias franco-canadienses que no cuentan entre sus miembros un pariente sacerdote o en alguna orden religiosa; raros son los antiguos estudiantes de colegios o seminarios que no tienen algunos discípulos, a quienes frecuentan, que no estén comprometidos en la vida religiosa. De esta manera los sacerdotes no están ni por encima, ni más allá de la sociedad, sino al interior de ella. No solo no existe la diferencia entre un alto y un bajo clero, sino que la clerecía está en su totalidad articulada a la sociedad” (Ibdi: 360).

El lugar de la religión y de las instituciones religiosas en la sociedad del Canadá francés ha sido el punto central de varios estudios y análisis, menos atención se le ha prestado a las causas del surgimiento y prominencia del poder y la influencia religiosa en los últimos periodos de la historia de su sociedad. Al respecto Fernand Dumont escribió: “La pequeña sociedad que ha sobrevivido a la conquista inglesa no tenía por estructura mas que el poder eclesiástico que tenía rasgos de un Estado. Los conquistadores se entendieron, en consecuencia, con la Iglesia. A continuación la burguesía toma el relevo de una débil y pequeña aristocracia, apoyándose especialmente sobre el Parlamento, aunque no logra evacuar el poder eclesiástico que se consolida luego de la rebelión de 1837-1838. A pesar de la oposición, esta burguesía terminó por ubicarse de acuerdo a los parámetros del poder religioso. Adicionalmente, las estructuras políticas y económicas locales tomaron tiempo en establecerse, lo que les impidió de hacer una concurrencia seria a las parroquias. El Estado de la Provincia creado por la Confederación fue durante mucho tiempo una instancia de poca importancia y el Estado federal estaba alejado. El imperio británico dominaba desde la distancia a una población a quien esta dominación la irritaba al mismo tiempo que la dejaba indiferente. Se habla menudo de una tradicional actitud apolítica de los Canadienses franceses, aunque la expresión me parece inexacta, porque se ha buscado al Estado donde no estaba. El Estado era en primer término la Iglesia. ¿Por qué habría de ser de otra manera? (Dumont, 1987: 251-252). En un nivel mas profundo la sociedad franco-canadiense, de acuerdo a Fernand Dumont : “estaba enraizada en las comunidades locales, aun en las ciudades. En una población diseminada en un vasto territorio, su redes de comunicación eran precarias; en muchas regiones la parroquia, el campanario y el cura eran el centro de su existencia”(Ibid: 253).

Cuando este estilo de vida comienza a desaparecer, sostiene Dumont, el papel de las instituciones comienza a cambiar y disminuye su influencia. “La sociedad del Quebec de antaño se edificó desde abajo; fue a ese nivel que ella se destruyó. La antigua sociedad estaba muy enraizada en solidaridades locales que no pudieron resistir por mucho tiempo a los cambios que, por todas partes, cambiaron a Occidente(Ibid: 256). El enfoque de Dumont es en muchos aspectos semejante a la sociología de Durkheim: intenta entender los fenómenos sociales en términos de su estructura morfológica y luego analiza las representaciones colectivas que surgen de esa estructura (Cf. Leroux, 2001).

5. El Lenguaje

La cuestión del idioma no puede ser reducida a una serie de principios conceptuales. En los escritos sobre el idioma, frecuentemente es tomado en forma de comentarios y ensayos sociales o bajo la bandera del patriotismo, reflejando este hecho. Para muchos sociólogos francófonos, la promoción y defensa de la lengua francesa es el primer factor de supervivencia y de identidad nacional y no puede ser reducido en publicaciones meramente teóricas. Al final del siglo XIX, Edmond De Nevers agarró el tema por la cabeza: “El lenguaje es el vehículo de la tradición y la historia; pero aunque en si mismo no nos cuente ningún hecho, aclara gracias a una gran luminosidad, pues él nos transmite las emociones que han sentido generaciones pasadas, sus impresiones, sus sensaciones, sus creencias, sus pasiones, sus miserias, sus alegrías” (De Nevers, 1896: 124) Además, es el lenguaje el que hace ininteligible y trae a la vida la historia de un pueblo y esa es su principal función social: “Nuestra historia gloriosa, nuestra epopeya de una gran raza, ¿qué sería si el idioma en el que ha sido escrito desapareciera de América?” (Ibid.: 131). Esta es la razón por la que, de acuerdo con De Nevers, la lengua francesa debe ser preservada con celo y debe ser protegida en particular de la influencia de los anglicismos. El mantenimiento de la pureza y elegancia del idioma francés es considerado como una condición fundamental del progreso “Cada uno de nosotros podrá enunciar claramente lo que piensa y siente en su más íntimo ser. Entonces estaremos al nivel de otros pueblos y podremos producir y crear” (Ibid.: 122).

Sesenta años después, Marcel Rioux expresó una visión similar en un tono cínico: “Este idioma tiende cada vez más a alejarse del francés académico, tanto por su vocabulario como por su sintaxis. Es evidente que, al querer encerrarnos en nuestro territorio, al querer convertirnos en un pequeño pueblo, la ideología ha creado unas circunstancias favorables al surgimiento de un pequeño idioma muy nuestro” (Rioux, 1955: 26). En *Un peuple dans le siècle*, Rioux retorna sobre el tema del idioma y concluye que la lengua francesa ha sido humillada por la “dominación anglófona” (Rioux, 1990: 279). El trabajo de Rioux tiene el defecto de ser un análisis poco serio y riguroso acerca de la situación de la lengua francesa en América, lo que nosotros llamamos una “ideología de combate”.

En contraste, el análisis de Dumont sobre el futuro del idioma francés lo ubica en el centro de las alternativas sociales (Dumont, 1995a: 125). La lengua es vista como parte y enlace del proceso de identidad básico en el individuo: “para describir su intimidad, para expresar el sentido de sus relaciones familiares, para darle forma a sus relaciones sociales” (Ibid.:126). Pero, de acuerdo con Dumont, cuando la colectividad usa la lengua como un reflejo, como un derecho privado, la identidad esta amenazada: “En algunos medios, en los franco-americanos o en las provincias canadienses, el idioma francés ha sufrido la disminución de tres funciones del lenguaje (...) El francés

ha comenzado por retirarse de las practicas sociales: de los negocios, del trabajo y de la política. En la escuela se ha conservado de manera aislada y aunque es allí que nos preparamos para la vida pública ¿al ser el refugio de una minoría no se convierte el idioma en un factor de segregación para los jóvenes? La familia, las amistades, las actividades folclóricas son un refugio más seguro; se hablará francés en la casa, en las recepciones del fin de semana y en las reuniones de la asociación cultural. Este espacio restringido será insuficiente, en su entorno se impedirá a los niños hablar inglés en la casa, se llevará una vida social o mundana que los clubes étnicos no podrán contener. Vamos a terminar hablando francés cada uno de nosotros sólo” (Ibid.: 126-127).

Dumont concluye su análisis con una solución práctica, más armónica y digna que la de De Nevers: “Nuestra lengua debe convertirse en el instrumento para superar muchas otras deficiencias, que no le son ajenas más que en apariencia, debe constituir el medio de reconquistar otros campos de los cuales estamos ausentes. De esta forma llegará, tal vez, el día en que los jóvenes del Quebec la amaran como el más bello símbolo de su capacidad de actuar y de hablar. En efecto, ellos deberán defender siempre ese patrimonio; esta obligación se convertirá en un honor y una enorme alegría. En todos los campos en donde ellos actúen tomarán ejemplo de quienes han logrado hacer de una lengua miserable, nuestros poetas, nuestros escritores, nuestros cantantes, algunos de nuestros científicos y de nuestros empresarios: transformar la supervivencia de la lengua en una actividad de creación.” (Ibid.: 142).

Este es el consenso general en los trabajos sobre la lengua entre los sociólogos de Quebec: la lengua es considerada como un símbolo de la cultura y un reflejo de la identidad nacional; la lengua francesa debe ser promovida y escrupulosamente protegida. Este es el elemento central del “paradigma de la supervivencia”.

6. Educación

Existe una ambivalencia en la sociología del Canadá francés: de un lado, considera que si logra reconciliar sus objetivos, progresará, y del otro lado, un miedo a la decadencia social que puede acompañar al orden y al progreso. Estos sentimientos ambivalentes son claramente evidenciados, en los trabajos relacionados con educación, otro de los temas sociológicos importantes. Los escritos sobre educación toman diferentes direcciones; ésta es visualizada, principalmente, desde la perspectiva de un instrumento de movilidad social, tal como suele ocurrir en el contexto norteamericano. Pero al igual que en el caso del idioma, la educación tiende a ser visualizada como la expresión primordial de la cultura y como el sitio en donde hay que concentrar esfuerzos para conservarla. Por esta razón, entre los sociólogos de Quebec, la educación es tratada como un tema prioritario para entender la situación en que se encuentra la sociedad quebequense.

Nuevamente, es con De Nevers que podemos entender la importancia y el alcance de este tema para la sociedad de Quebec: “Decir que un pueblo no puede tomar su lugar junto a los otros pueblos del mundo si no es por que se encuentra a su mismo nivel en su cultura intelectual, que la ignorancia no puede engendrar la grandeza, que aquel que se encarga de enseñar una ciencia debe conocer todos sus secretos, son estas verdades que parecen simples, pues son incontestables. No obstante, aun existen quienes no están convencidos en nuestro país, aun existen quienes creen en la vieja ilusión de la sabiduría de los pueblos primitivos y la felicidad de las naciones atrasadas;”(De Nevers, 1896: 140). De manera más concreta argumenta De Nevers que “nuestros recursos intelectuales deben ser desarrollados con el mismo ardor que los recursos materiales y debemos avanzar de manera decisiva en el camino de convertir la provincia de Quebec en un vibrante centro de cultura, de ciencia, de literatura y de arte” (Ibid: 142); más adelante señala “las inteligencias deberían ser cultivadas como se cultiva el suelo; para obtener el desarrollo ideal de un país y de una nación no se debería dejar sin cultivar ninguna porción de terreno, ni una sola persona de la población”(Ibid: 151-152). La carencia de educación, sostiene de Nevers, es la mayor causa del debilitamiento del “sentimiento nacional” y puede explicarnos “la absorción de nuestra raza en el cercano y lejano futuro” (de Nevers, 1896: 179).

En algunos momentos se encuentra la misma perspectiva en el trabajo de Errol Bouchette: “Es por la educación que se forman las naciones y que se han inspirado las virtudes que le aseguran su supervivencia (...) El hombre, como la tierra, necesitan de un cultivo incesante, porque de lo contrario retornan a su estado salvaje.” (Bouchette, 1906: 147-148). Bouchette concede mayor énfasis a la educación técnica e industrial, entendida como la mejor opción para desarrollar los recursos económicos del Canadá francés: “El momento de intentar ese gran esfuerzo que nos dará la posesión de nuestra industria nacional ha llegado para nosotros. Si lo dejamos pasar no volverá jamás. En consecuencia, es urgente para la población del Canadá oriental actuar sin retardo. Para el grupo francés el asunto es vital. Para ellos una acción inmediata es, sin ninguna exageración, un asunto de vida o muerte”(Ibid: 179). Esta perspectiva le da una mayor importancia a los aspectos económicos en la formación de la sociedad de Quebec.

En una interpretación similar, Montpetit también argumenta que el futuro de la sociedad de Quebec debía ser pensado como habilidad en el control del modelo económico. La llave para el desarrollo económico, pensaba Montpetit, y, del verdadero progreso en general, era pensar en la reorganización de la educación superior: “La educación superior forma a los especialistas. Nada es tan importante como una especialidad. Los necesitamos en los diversos campos. La agricultura, la industria, el comercio, lo requieren más que nunca, tanto como la nación. Una educación científica eficaz, es lo que debemos lograr. Tenemos un gran interés en aumentar aquello que podemos denominar, más allá de las discusiones teóricas, el

capital intelectual” (Montpetit, 1938:206). Esta perspectiva contempla la formación de una elite: “La enseñanza superior prepara para la vida. Una elite no es más que un conjunto amorfo de profesionales” En consecuencia deben existir escuelas superiores y sobre todo universidades en las cuales formar esta nueva elite. Montpetit consideraba que la creación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Montreal debía ser una contribución mayúscula en la formación de la nueva elite y consideraba que sería especialmente importante si esta escuela de ciencias sociales se organizaba de acuerdo al modelo estadounidense (Fournier, 1986).

Como paso con Bouchette, Montpetit visualizó el tema económico como central para el futuro de la sociedad de Quebec: “el problema nacional se ha convertido en un problema económico. Si queremos cumplir nuestro papel luchemos como lo hemos hecho otras veces, con las mismas armas que nos han amenazado. Cuando hayamos obtenido la riqueza desarrollaremos la cultura francesa y nos dirigiremos hacia la conquista suprema, el poder intelectual. De otra manera no sobreviviremos” (Montpetit, 1940: 236). Recientemente, algunos sociólogos insisten en la necesidad de reformar la educación, ya que, desde su perspectiva es esencial para el progreso social. En su concepto, el análisis de la educación ha sido más filosófico que sociológico. Es decir, se desarrolló una filosofía, antes que una sociología de la educación.

Muy temprano en su trabajo académico, Fernand Dumont analizó la educación desde un punto distintivamente sociológico: “La sociología considera espontáneamente la educación como el proceso por el cual el individuo recibe el pasado y se somete al condicionamiento que lo convierte en un agente social. ¿La educación no es una génesis incesante de la sociedad y, al mismo tiempo, la demostración más evidente de la legitimidad sociológica? (Dumont, 1962: 141). La educación, de acuerdo con Dumont, tiene dos características fundamentales: la enseñanza es “la construcción ideológica que refleja la cultura” y también “un distintivo tipo de producto ideológico”; él pensaba que aunque esto originara y reflejara una sociedad y cultura particular, la escuela y la enseñanza también se distanciaban entre sí por estos orígenes. Las instituciones educativas, y las distancias que tenían, formaban “una segunda clase de sociedad” (Dumont, 1973: 158). Pero en Quebec, según Dumont, el sistema educacional no funciona dentro de la ciudad, los establecimientos educativos quedan en la periferia. Dumont amplía esta idea al afirmar que: “Más que distanciar la escuela de la cultura del entorno, las principales tendencias de la enseñanza parecen acercarlas. El lenguaje oral es pobre, a menudo mal articulado; se le dará libre curso. (...) Lo que constatamos con el lenguaje es válido también para el saber. En lugar de privilegiar un tipo de saber que se ha separado de la experiencia cotidiana, se debe cultivar la vivencia de lo actual bajo el pretexto de suscitar el interés” (Dumont, 1995: 153-154). Dumont se mostraba angustiado al respecto porque percibía que había una profunda incoherencia.

7. Conclusión

Las experiencias de la sociología de Quebec consisten inicialmente en una fase de crecimiento y expansión en los años inmediatamente anteriores a 1900, y algunos años posteriores. El futuro de la sociedad de Quebec provee el primer foco de atención sistemático y de estímulos intelectuales. Alrededor de ese tema, la investigación sociológica en todo Quebec generó la fase inicial de gestación en la que tuvieron expresión una variedad de subtemas; el análisis sociológico surgió, a veces, como comentaristas sociales, con la literatura y con la expresión de valores patrióticos. Solamente después de un tiempo la sociología surgió como una ciencia organizada alrededor de principios teóricos. En los primeros años, los sociólogos de Quebec estudiaron una gran variedad de problemas, los cuales nunca llegaron a resolver completamente y sobre los que trabajaban superficialmente. Pese a estos defectos, áreas importantes de investigación fueron abiertas con esta sociología experimental en el siglo XX. Siguiendo los pasos de los historiadores, los primeros sociólogos de Quebec captaron la importancia de la identidad como una fuente de nacimiento de la sociedad de Quebec. Sin tener completamente articuladas las diferentes ramificaciones de esta fuente, Edmond de Nevers, en su libro *L'avenir du peuple canadien-français*, estudió la cuestión de la identidad en investigaciones previas, e intentó explorar sus futuros desarrollos. Aunque sus contribuciones teóricas son limitadas, sus líneas de cuestionamiento y razonamiento son amplias y permiten futuras redefiniciones. La extensa reflexión sobre la cuestión de “la nación” jugó un importante papel en la aparición de una auténtica tradición sociológica en Quebec, lo que ha mantenido un fuerte énfasis en la sociedad y cultura de Quebec como principales temas de conocimiento.

La historia de la sociología de Quebec es reciente, y las marcas de esta relativa juventud continúan siendo aun visibles. Antes de 1930, la sociología no era reconocida como una disciplina por el sistema universitario, y muchas veces era confundida con la historia, con la economía, con la filosofía, o con la teología. Entre los años sesentas y setentas del siglo XX, la sociología no solo ha llegado a establecerse como una disciplina independiente en las universidades sino que, y esto es mucho más importante, ha desarrollado y adquirido las herramientas teóricas y metodológicas para entender mejor a la sociedad de Quebec y el amplio contexto en el que esta situada. Sí, en gran medida, la sociología de Quebec todavía reclama la herencia dejada por sus predecesores, ahora tiene que interactuar con nuevas y cambiantes cuestiones y adelantos. Por ejemplo, ¿La identidad de Quebec está basada en la etnicidad o en la ciudadanía?. Fernand Dumont sugiere que: “para definir una nación, entre otros elementos de la estructura social, es necesario privilegiar las ideologías: estas reúnen en el seno de una teoría, condiciones necesarias como la comunidad de religión, de lengua, etc., todo esto nutriéndose de la

conciencia difusa de estos rasgos distintivos y de una relativa oposición a otras naciones” (Dumont, 1973: 87). Pero Dumont fue bastante claro en esto, las ideologías de la sociedad nunca tienen una forma definitiva; continuamente están cambiando y evolucionando. Algunas desaparecen, y otras se ajustan a las nuevas realidades. Las ideologías de Quebec fueron interpretadas desde la perspectiva de buscar sus raíces en la historia; la ciencia de la historia creía tener la ventaja de proveer las más sólidas y fecundas bases para entender “la nación” y sus futuras posibilidades. Una muy significativa proporción de contribuciones de la tradición sociológica reflejan, en uno u otro camino, un esfuerzo por reconciliar el pasado con el presente, o de argumentar que pasado y presente son irremediamente disyuntivos. Estos trabajos y proyectos constituyen el corazón de esta tradición.

Referencias

- BLANCHARD, RAOUL. *Le Canada français, Province de Québec, étude de géographie*. Paris, Fayard, 1960.
- BOUCHETTE, ERROL. *L'indépendance économique du Québec français*. Montréal, La presse, 1977.
- CREAN, SUSAN y RIOUX, MARCEL. *Two nations: An essay on the culture and politics of Canada and Québec in a World of American Pre-eminence*. Toronto, James Lorimer ed., 1983.
- DE NEVERS, EDMOND. *L'avenir du peuple canadien-français*. Montréal, Fides, 1896.
- _____. *L'âme américaine*. 2 tomes. Paris, Jouve et Boyer, 1900.
- DUMONT, FERNAND. Ideologie et sociologie de l'école, en *Chantiers, Essais sur la pratique des sciences de l'homme*. Montréal, Hurtubise HMH, 1962.
- _____. *Le lieu de l'homme*. Montréal, Hurtubise HMH, 1968.
- _____. *Chantiers, Essais sur la pratique des sciences de l'homme*. Montréal, Hurtubise HMH, 1973.
- _____. *The vigil of Quebec*. Toronto, Toronto University Press, 1974a.
- _____. Itinéraires sociologiques en *Recherches sociographiques*, XV (2-3): 255-261, 1974b.
- _____. *Le sort de la culture*. Montréal, l'Hexagone, 1987.
- _____. *Genèse de la société québécoise*. Montréal, Boréal, 1993.
- _____. *Raisons communes*. Montréal, Boréal, 1995a.
- _____. *L'avenir de la mémoire*. Montréal, Nuit Blanche Éditeur/Cefan, 1995b.
- FALARDEAU, JEAN CHARLES. Rôle et importance de l'Église au Canada français en *Marcel Rioux et Yves Martin, La société canadienne française*. Montréal, Hurtubise HMH, 1952: 349-361.

- _____. *Essais sur le Québec contemporain/Essays on contemporary Quebec*. Québec, Les Presses de l'Université Laval, 1953.
- _____. *Roots and values in Canadian Lives*. Toronto, University of Toronto Press, 1960.
- _____. *L'essor des sciences sociales au Canada français*. Ministère des Affaires culturelles, 1964.
- FALARDEAU, JEAN CHARLES Y GARIGUE, PHILIPPE. *Léon Gérin et l'habitant de Saint Justin*. Montréal, Les Presses de l'Université de Montréal, 1968.
- FOURNIER, MARCEL. *L'entrée dans la modernité, Science, culture et société au Québec*. Montréal, Éditions Albert Saint Martin, 1986.
- GAGNON, SERGE. *Le Québec et ses historiens de 1840 à 1920 : La Nouvelle-France de Gameau à Groulx*. Québec, Les Presses de l'Université Laval, 1978.
- GALARNEAU, CLAUDE. *Edmond de Nevers, essayiste*. Québec, Les Presses de l'Université Laval, 1959.
- GÉRIN, LÉON. *Aux sources de notre histoire*. Montréal, Fides, 1946.
- _____. *Le type économique et social des Canadiens*. Montréal, Fides, 1948.
- GROULX, Lionel. *Notre maître, le passé*, 3 tomes. Montréal, Librairie de l'Action française, 1924.
- HUGUES, EVERETT. *French Canada in Transition*. Chicago, University of Chicago Press, 1943.
- LACOMBE, ALAIN. *Errol Bouchette, un intellectuel*. Montréal, Fides, 1997.
- LAMARRE, JEAN. *Le devenir de la nation québécoise selon Maurice Séguin, Guy Frégault et Michel Brunet, 1944-1969*. Québec, Septentrion, 1993.
- LEROUX, ROBERT. Fernand Dumont et sociologie durkheimienne, *Recherches sociographiques*, 42, 2 : 1-15, 2001.
- LINTEAU, PAUL ANDRÉ, DUROCHER, JEAN CLAUDE ROBERT. *Quebec: A History 1867-1929*. Toronto, James Lorimer, 1983.
- MINER, HORACE. *St Denis*. Chicago, University of Chicago Press, 1939.
- MINVILLE, ESDRAS. *Pages d'histoire 2 : Les étapes d'une carrière (causeries autobiographiques et textes connexes)*. Montréal, Les Presses H.E.C., Fides, 1988.
- _____. *La vie sociale 1: Le nationalisme canadien français*. Montréal, Les Presses H.E.C., Fides, 1992.
- MONTPETIT, ÉDOUARD. *Les survivances françaises au Canada*. Paris, Plon-Nourrit, 1914.
- _____. *Pour une doctrine*. Montréal, Librairie Française, 1931.
- _____. *D'azur à trois lys d'or*. Montréal, Éditions de L'A.C-F., 1937.
- _____. *La conquête économique I: Les forces essentielles*. Montréal, Bernard Valiquette, 1938.
- _____. *La conquête économique II: étapes*. Montréal, Bernard Valiquette, 1940.
- _____. *La conquête économique III: perspectives*. Montréal, Bernard Valiquette, 1942.
- NISBET, ROBERT. *The sociological tradition*. New York, Basic Books, 1966.

- RIOUX, MARCEL. Qu'est-ce qu'une nation? *L'action nationale*, 26: 25-37, 1945.
- _____. *Idéologie et crise de conscience de Canada Français*. Cité Libre: 14, 1-29, 1955.
- _____. *Quebec in question*. Toronto, James Lewis, 1971.
- _____. *Les Québécois*. Paris, Seuil, 1974.
- _____. *Un peuple dans le siècle*. Montréal, Boréal, 1990.
- SÉGUIN, MAURICE. La conquête économique des Canadiens, *L'action nationale*, 28 :308-326, 1946.
- SHORE, MARLENE. *The Science of Social Redemption: Mc Gill, the Chicago School and the Origins of Social research in Canada*. Toronto, University of Toronto Press, 1987.
- VATTIER, GEORGES. *Contribution à l'étude de la psychologie des peuples. Essai sur la mentalité canadienne-française*. Paris, Librairie Anienne Honoré Champion, 1928.
- WADE, MASON. *The French-Canadians, Vol. 1, 1790-1911*. Toronto, MacMillan, 1968.

ROBERT LEROUX

Profesor de sociología
Universidad de Ottawa, Canadá
e-mail: roleroux@uttowa.ca

Traducido por:
Camilo Andrés Castiblanco
y J. E. González